

El inquilino indeseable

Raúl A. Hernández Glory*

A Horacio Franco

2
Cinzontle

Era demasiado, el repugnante roedor se había burlado todo el tiempo de Daniel, quien ya no estaba dispuesto a soportarlo. Ni el más mortífero veneno, ni el equipo más moderno de fumigación, ni las mejores trampas habían funcionado; el sinvergüenza ratón seguía habitando aquel rincón detrás de la estufa y esa noche, como todas, había salido a recibir a su involuntario anfitrión cuando éste llegaba exhausto del conservatorio de música.

Agobiado porque no obtenía resultado alguno en sus intentos de desalojo, Daniel se sentó en la diminuta sala de su, de por sí, reducido apartamento. Rojo de coraje, tomaba entre sus manos la flauta que tocaba a diario como parte de su especialización musical, quería ahorcarla como si ella fuera la culpable del infortunio aquel.

De repente, entre bruscos pensamientos una idea iluminó su compungido rostro: “¿Y Hame-lin?, ¿por qué no sacar a ese animal con la música de mi flauta?” Una solución desesperada, pero después de muchos intentos, esta locura era una alternativa más que no podía despreciar. Así que se dispuso a iniciar la sesión, se dirigió a su minúscula cocina, tomó un banco de la barra que daba al comedor y se sentó en posición, listo para ejecutar su instrumento, cerró los ojos, apretó firmemente los dedos a la larga flauta de madera, pegó la boquilla a sus labios, se bebió varios litros de aire de un respiro antes de comenzar y dejó expandir por el vacío la dulce música que en instantes alcanzó los límites del cielo.

Desde la *Giga & Double* de la suite 997 de Bach, pasando por *Gavotte* de Glière, hasta el alegre danzón *Al fin te vi* de Lecuona se escucharon en la singular serenata envolviendo a toda la

* Profesor investigador de la DAEA, actualmente es coordinador del Centro de Desarrollo de las Artes. DAEA.

ciudad, que misteriosamente, enmudeció para dar paso al desfile de notas que despedía la flauta casi mágica, como salida de la ópera de Mozart. El inspirado Daniel no alcanzaba a imaginar que su música decoraba en esos momentos las escenas más diversas e inverosímiles. Allí cerca, Ruperto, el velador del edificio, declaraba su amor a Lolita, la señora de la tienda; un des-



Atajando el vuelo.

piadado ladrón nocturno llevaba el producto de su fechoría a una casa de asistencia social ubicada en la colonia; los chavos banda de la zona pintaban la barda de la esquina que antes habían desgraciado con sus grafitis y como éstas, varias historias de ensueño se dieron lugar esa noche.

Caía la madrugada y el músico aún seguía con el recital, que por lo visto sedujo a muchos, relajó a otros tantos, hipnotizó a unos más, pero al causante del concierto al parecer todavía no le tocaba el corazón y como si fuera burla se asomaba por un delgado pasillo entre la pared y la estufa para acicalarse los bigotes tranquilamente, como tratando de retar a su anfitrión.

Agotado, extenuado completamente, Daniel hizo un silencio, ni una nota más se dejó oír, una exhalación sinónimo de frustración surgió de su pecho, las lágrimas contenidas por la impotencia le impedían ver claramente al sordo roedor que con sus movimientos parecía pedir otra canción, pero no se decidía a salir de su escondite.

El flautista, frustrado, se impulsó como un resorte hacia la puerta de su apartamento y cuál sería la sorpresa que al abrirla, un auténtico tropel de gatos acurrucados le impidieron el paso. Como si estuvieran en trance, se levantaron de inmediato dirigiéndose velozmente a la cocina para ahuyentar al ratón, que salió despavorido por el pequeño agujero de una ventana.

Daniel, aunque alegre por el suceso, no dejaba de sorprenderse por ello; su hechizo había convocado a decenas de sensibles felinos, que a partir de entonces merodean el edificio para atender al llamado de la dulce música de su flauta.